

Kaos

“Hágase tu voluntad”

Había escuchado muchas veces la historia de su creación, pero era de esos días nostálgicos en los que sentarse en la orilla del río que atravesaba el bosque lo hacía pensar en su propósito en aquel mundo y el odio que le tenía a su creador. ¿Por qué dejar caer en él toda la inestabilidad que no necesitaban para que su mundo no se derrumbase? Entonces, cerró los ojos y comenzó a pensar nuevamente en la historia que ya le habían contado con anterioridad.

“Allí estaba, un hombre alto con una tupida barba que no disimulaba las arrugas que surcaban su rostro. De avanzada edad y padre de los dioses. El más poderoso de su panteón, se alzaba como el gobernante de todos. Temido y adorado, bondadoso pero cruel. Poseía, como cualquier gobernante, muchas riquezas: un gran castillo, salas llenas de comida y bebida, un enorme trono desde donde podía observar casi todo lo que pasaba dentro de sus tierras... Lo tenía todo a sus pies, él había creado el mundo y los humanos. Era conocido como Adiltus. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce, pues su famosa creación era cada vez más inestable...”

Por lo general todo era paz, no existían las enfermedades y desgracias que ahora se conocen y que atacan a la humanidad. Como bien se sabe, en un mundo siempre se necesitan el bien y el mal pese a que son conceptos muy subjetivos, por lo que Adiltus, consumido por su aburrimiento, decidió dejar escapar todos los males que había creado. La sociedad, sin saber cómo actuar, experimentó por primera vez en sus años de existencia lo que de verdad significaba el caos. No obstante, desconocían la forma en la que debían actuar contra él, por lo que empezaron a caer uno a uno. Adultos y niños, sufriendo la ira del caos desatada por su propio padre. El sentimiento de culpa comenzó a consumirlo, no sabía lo que hacer para encerrar todos aquellos males. Ese fue el motivo por el que se creó a ese dios, su peor creación y el mayor error de todos en su larga existencia. En él encerró todos los males y lo llamó Lugh, dios del caos. El mal abundaba en él, por lo que al mirar a los ojos a su propio hijo sintió tanto miedo que lo llevó al bosque y lo abandonó allí”.

Por gracia o por desgracia podía decir que la relación con Adiltus había mejorado un poco en esos años que soportó viviendo en el bosque. Sin embargo, no había podido arreglar su error, ya que Lugh como dios del caos seguía siendo responsable de los males y enfermedades a las que los humanos se habían acostumbrado. Incluso habían creado remedios y curas, pero cada vez que eso pasaba, aparecían más. Su naturaleza se basaba simplemente en la maldad más pura que podía existir, pese a que su apariencia no inspiraba temor. Un hombre de estatura media, cabello largo y azabache, rostro suave y complexión delgada. Lo único que destacaba de él eran esos ojos, en los que todo aquel que miraba encontraba la más profunda oscuridad. La cualidad que estos tenían era que mostraban a cada uno sus miedos más profundos dependiendo de quien los viese...

Eclipse

“Unión de tierras”

Sol y luna, astros necesarios para la vida pero que muchas veces caen en el olvido. ¿En qué momento empezamos a dar por hecho que el sol saldría cada mañana y que podríamos ver la luna cada noche? Creemos de nuestra posesión cosas que realmente no lo son y esta frase queda como anillo al dedo a Sirtius, dios del sol y figura importante en el panteón de Adiltus. Nadie conocía su rostro, pues iba cubierto con una armadura dorada todos los días, solo ella, la diosa de la luna conocida como Tropea había podido verlo. Ella trabajaba en las noches y en los días su descanso era observar a su amado, durante tantas horas había estado sentada admirándolo que ya no existía parte de su cuerpo que no conociera, pese a que nunca lo había tocado. ¿Cómo podía amarlo tanto? Cuando nuestra percepción del amor es el tacto, los secretos que uno tiene del otro, esos momentos juntos que aún después de una ruptura recuerdas con cariño o con dolor, porque el amor duele y eso era lo único que ella había experimentado, el dolor de no poder tenerlo cerca, el dolor de saber que estaba enamorada de alguien que en cierta parte no le correspondía o nunca llegaría a enamorarse tanto como ella lo estaba. ¿Por qué sufría por él? Siendo una bella diosa con tantos pretendientes, con un cabello corto y ondulado, figura esbelta y ojos claros y brillosos que acompañaban esa sonrisa alegre que iluminaba el alma de cualquier otro hombre. Sin embargo, Tropea siempre esperaba con anhelo ese fenómeno que juntaba el camino del sol y la luna, bautizado como eclipse y que le permitiría acercarse a aquel que tanto deseaba.

Ese día había llegado y ella se preparaba para verlo, para ser agradable a su vista. Entonces corrió por el camino que la conectaba con él y al llegar lo encontró. Saltó a sus brazos y él la recibió con confusión. Tropea envuelta en el calor que había deseado cada minuto de su existencia, levantó la cabeza y confesó sus sentimientos. Le contó cómo pasaba los días sin descansar por sentir que lo tenía cerca y como lo amaba más que cualquier otro ser que hubiese conocido. Todos sus pensamientos cayeron en manos de Sirtius y no pudo soportarlo, sentía la presión de corresponderle aún sin estar interesado en la diosa por muy bella que fuera, era tan inocente y tan tonta...

No dudó mucho y decidió convencerla para que lo acompañase a su castillo del sol, allí la encerró para tener relaciones con ella y en su irresponsabilidad la dejó embarazada. El eclipse terminó y cuando el camino empezó a borrarse ella corrió como nunca, antes de quedarse atrapada en el sol. No tenía ni idea de que ese hombre al que amaba se había aprovechado de ella, de verdad pensaba que la quería y que podría verlo cada cierto tiempo, incluso marcó la fecha del próximo día en que sus caminos se cruzarían. El resultado de su amor con Sirtius llegó a los 9 meses en forma del dios del tiempo, quien tras ser bautizado como Krhyp fue llevado a la tierra junto con Adiltus, padre de todos, el cual actuaría como su luz y lo guiaría en el camino de su misión en aquel mundo.

Nueve meses

“El fin de una era está aquí...”

Volvemos con nuestro protagonista, ese hombre que pasaba sus días en el bosque maldiciendo cada minuto de su existencia y con ella, a su creador. Se sentía solo, habían cargado a sus espaldas la culpa de los actos de Adiltus y había sido excluido por los demás dioses debido a su naturaleza. No merecía ese castigo y sin embargo lo cumplía día a día para no perder el equilibrio, pero ya estaba cansado. No le correspondía y era tanto que necesitaba compartirlo, por ello comenzó a estudiar el perfil de todos los dioses hasta dar con aquellos dos, luna y sol. Se interesó especialmente en ella, Tropea, era una diosa poderosa y fértil, además de muy estimada por el padre de todos los dioses. Así, comenzó a investigar y averiguó la fecha marcada para el fenómeno que conectaba los caminos de los dos astros. Ahí fue cuando tuvo la idea de empezar a preparar un plan con el que podría vengarse de su creador y también compartir su carga con alguien más.

Se puso en marcha al hogar de los dioses y una vez allí decidió colarse en la fortaleza del padre. Conocía de principio a fin la estructura y sabía lo que escondían sus salas, por lo que intentando no ser descubierto por los guardias, usó su poder para convertirse en una pequeña mosca y así recorrer los largos pasillos hasta la sala secreta. Era oscura, con suelos lisos, paredes llenas de azulejos y justo en el centro un enorme pozo bajo donde yacía un cuerpo decapitado que seguía los movimientos de la mosca con sus ojos inyectados en sangre hasta que esta volvió a su forma original. Él entró al pozo de un salto y entonces levantó esa cabeza maloliente por los pocos cabellos que tenía, sabía que ese cadáver era un sabio espíritu que guiaba al padre para tener claras las decisiones que debía tomar, así que lo acercó susurrando su plan y tras un largo minuto de silencio, la cabeza decidió hablar clavando su mirada en los oscuros ojos del contrario

—Desatarás el caos, provocarás la muerte de tus hermanos, la extinción de la especie humana y todo por venganza... Al igual que maldices a tu creador por dejar en tus hombros algo que no mereces, no hagas pagar a tu familia el mal que ellos no te han provocado.

Como era de esperar, su cabeza se detuvo en la primera frase y dejó caer al muerto al suelo. Esa sonrisa macabra empezó a formarse en su rostro, estaba cegado por sus propios pensamientos. Salió del pozo sacudiendo un poco sus zapatos que habían quedado mojados por el agua y luego escapó de la fortaleza de la misma forma que había entrado para empezar con su plan de venganza.

El día del eclipse buscó la forma de llegar a ese lugar donde se encontrarían los dioses y una vez allí adoptó la forma de Sirtius gracias a su poder. Esperó la llegada de Tropea y entonces, haciéndose pasar por su amado, la convenció para ir al bosque, en el cual se adentraron llegando hasta una pequeña cabaña donde se encerraron. Con la vista fija en los ojos claros y alegres de su presa volvió a su forma normal y le reveló su verdadera identidad. Su mirada abandonó todas esas virtudes y empezó a convertirse en una llena de desesperación y temor, conocía los rumores sobre aquel dios y sabía su nombre, no eran pocas las advertencias que escuchaba con su nombre.

—Preferiría no hacer esto, créeme, pero no me culpes a mí.

Después de decir eso la agarró del brazo y lo que sigue no es muy apropiado para este tipo de relato, pero dejémoslo en que Tropea tuvo su segundo embarazo. Esa vez había sido sin su

consentimiento y aún así se sentía tan mal, tan sucia, como si hubiese sido su culpa o como si hubiese engañado a su amado. Claro estaba que ella era la víctima y tan desgraciada era que la magia de la cabaña no le permitía escapar, por lo que tras días de estar allí dejó de intentarlo, de todas formas ya la había fecundado. Lugh aún así se preocupaba por darle de comer y asegurarse de que estuviese en condiciones, no porque ella como diosa le interesara en lo más mínimo, sino que necesitaba a aquel bebé que crecía en su interior porque sabía que al ser fruto de él mismo, compartiría algo de su naturaleza y no se sentiría solo en su misión.

Así sufrió ella durante los nueve meses de su embarazo, encerrada en una cabaña en no muy buenas condiciones y teniendo que convivir con ese hombre. Perdió toda su inocencia ese día, abrió los ojos y descubrió lo que de verdad era el mundo exterior y no tenía claro si quería vivir en un lugar así, le empezaba a consumir la idea de que resistir no era una opción pues estaba destrozada y ya no conocía su objetivo en la vida, había sido despojada de su único trabajo que era la luna. ¿Cómo estaría el mundo ahí fuera si el ciclo habitual se había visto afectado de esa forma? No pudo dejar de darle vueltas al mismo tema mientras caía sumida en una fuerte depresión hasta que llegó el día del parto. Ese demonio estaba allí observándola, sin piedad, sin la más mínima intención de ayudarla y con un rostro inexpresivo que se mantuvo de esa forma hasta que vio salir, no a un niño, sino a dos. Tal fue su sorpresa que se acercó para verlos y agarró a uno de ellos, no tenía conocimientos como padre, pero no creía necesitarlos, los dioses crecían con más rapidez que los humanos.

Y aún débil por el parto, tal era su fuerza de voluntad que con furia se levantó y agarró al otro niño golpeando a su agresor con una de las bandejas que él mismo había estado usando para traerle comida y aprovechando esa distracción, corrió y escapó de la cabaña con su niña en brazos. No tenía miedo, pero no podía volver a por el otro porque prefería salvar a uno que a ninguno.

Guerra

“... Y el juicio ha comenzado”

Hay un pequeño detalle que se nos escapa de las manos. Con Tropea encerrada, ¿quién controlaba el ciclo de la luna? Durante esos nueve meses que ella no había estado, las plantas del planeta habían ido muriendo, las noches eran más oscuras sin la luz de la luna y los humanos no conseguían adaptarse al nuevo ciclo, pero eso era solo el comienzo. Dioses enfermaban y morían, entre ellos la diosa de la naturaleza que al ver sus plantas morir fue perdiendo fuerzas hasta quedarse sin movilidad, el dios de la luz durante las noches enfermaba, el dios del tiempo tenía aún más trabajo y así una larga lista. No obstante, otros dioses como el de la oscuridad se alzaban por las noches para infundir terror y sacar a pasear a esas bestias que atacaban los pueblos cercanos al bosque.

Adiltus estaba confundido, no entendía lo que había pasado con la luna y su estrés cada vez iba en aumento al ver sus hijos enfermar y morir, el mundo cada vez estaba peor y además no quedaban muchos humanos, solo los que habían logrado acostumbrarse a la oscuridad de la noche y aprendido a encerrarse en sus casas hasta el día. Entonces fue cuando el padre encontró a la diosa huyendo con una niña en sus brazos.

—El monstruo que has creado me ha tenido encerrada y me ha obligado a ver crecer a sus hijos dentro de mí. Eres tan caprichoso que tu forma de divertirse ha pasado factura a todos nosotros, quienes no habíamos hecho nada malo. ¿No eras feliz con la paz?

Tras decir todo lo que pensaba siguió su camino, llorando y ahora también maldiciendo a su creador como tiempo atrás lo había hecho su agresor, aún así sabía que tardaría bastante tiempo en llegar a la luna. El padre tras entender todo lo que había estado pasando se desplazó hasta su fortaleza y una vez allí reunió a su ejército de dioses, quienes lo observaban desde su trono.

—El culpable de todo esto es Lugh, dios del caos, tenemos que acabar con él y matar al hijo que ha concebido con la diosa de la luna sin su consentimiento. Nada volverá a ser como antes, el fin de una era está aquí.

Todos aquellos, ajenos a la verdadera realidad y con el desconocimiento de la historia, tomaron sus armas y entre gritos comenzaron a alabar a su padre. El poder de la desinformación es más fuerte que cualquier otro y allí estaban ellos como una prueba viviente. Salieron en fila, uno tras otro, dando fuertes pisadas y haciendo sonar sus espadas, un ejército tan temido como el propio caos con el que tendrían que luchar, pero no tenían miedo, pues no dejaban de recordar que solo peleaban contra un hombre y ellos eran cientos. Lo que no sabían es que él se había apoyado en la diosa de la oscuridad y el infierno, quien había preparado un gran ejército de muertos. El portal del inframundo se abrió y de ese abismo comenzaron a salir cientos de almas en pena liderados por la diosa. Fue entonces cuando tanto Adiltus como la líder de los muertos dieron la señal “es momento de atacar”.

La batalla ha comenzado.

Los dioses corrían contra aquellos cadáveres andantes, clavando sus espadas y dejando ver sus tripas muertas y podridas. Ellos en cambio se lanzaban en grupo y consumían a los dioses para llevarlos al infierno descendiendo con ellos hasta la oscuridad. El ejército de muertos estaba marchando de nuevo, cientos de hombres que revivían y morían otra vez como si sus vidas no

valiesen nada. La locura y la desgracia de la guerra consumía lo poco de salud que quedaba en esa tierra y terminaba por matar a los dioses que anteriormente habían estado enfermos. Entonces fue cuando él se presentó, en lo alto de todo ese campo de batalla, con una sonrisa de oreja a oreja dejando ver esos colmillos y con sus ojos oscuros pero al mismo tiempo brillosos al ver como la ira del caos se había desatado. Todos contra todos, cayendo uno a uno, sin tener donde escapar. Era tal la ferocidad de los guerreros, que no se cuestionaban el por qué, solo luchaban por sobrevivir contra aquellos que levantaban del suelo y se recomponían para volver a luchar. Estaban perdidos, pues ese ejército nunca terminaría.

Adiltus comenzó a entender lo que les esperaba y decidió buscar al causante hasta verlo observando desde las alturas de un gran árbol su propio caos. Ahora lo entendía, no necesitaba nadie con quien repartir el caos porque ya lo compartía con la líder de los muertos: Dena. En un principio había necesitado un nuevo dios, pero después la conoció y aún así hizo lo que hizo porque sabía sus consecuencias y porque estaba dentro de su naturaleza, la naturaleza que ahora compartía con esa mujer, no se sentía solo. Ni hablar de lo que le había pasado al niño que tuvo con Tropea. El padre se lanzó contra él tirándole de la rama hasta el suelo y allí comenzó a gritarle lo que él creía verdades.

—¡Me arrepiento de que hayas nacido! Has destruido mi mundo y has destrozado a mis dioses, no te considero mi hijo.

Le dolía, estaba claro, también tenía sentimientos, pero sabía que la culpa era de ese hombre y no suya, por lo que de un golpe se lo quitó de encima y aún tirado en el suelo lo observó con cierta nostalgia, pero frustración.

—La culpa aquí es solo tuya, solo tú me has creado. Has jugado con fuego aún sabiendo que ponías en peligro vidas humanas y has disfrutado viéndolo. No sé quién es más sádico, te mereces la muerte y eso es lo que vas a recibir, te irás al infierno junto a tus hijos, o los que te quedan.

Después de soltar todo el veneno que tenía guardado comenzó a reír con fuerza, pero no se había dado cuenta de que varios dioses que se habían alejado de la batalla se acercaron hasta la escena y escucharon la conversación. No sabían quién era el portador de la verdad, necesitaban explicaciones. Aún así, Adiltus miró a los ojos a aquel monstruo que había creado y luego a sus otros hijos y finalmente lo dejó escapar...

Lo que sigue es una historia tan larga que no tendría cabida en un espacio tan reducido, pero la batalla todavía no ha terminado.